

LAS QUE VAN AL FRENTE

Por Loca... como tu madre

¡Hola! te comunicaste con la casa de una mujer que sólo quiere escuchar buenas noticias. Dejame tu mensaje después de la última señal. Bip. Bip. Biiip...

¡Hola, loca! levantá el tubo, soy yo.

¡Ufa! ¡No estás!

Estoy desesperada. Me peleé con mis viejos. Necesito irme urgente de mi casa y me prestaron un departamento en Villa Gesell. Quiero que vengas conmigo. El micro sale a la diez desde Retiro. Te espero en el andén 25. ¡¡¡Ah!!! y además me tiraron las cartas y salió que en este viaje, voy a conocer a mi próximo amor. ¡No me dejes sola! Si no nos vamos me suicid... Biiip.

Dos horas más tarde, el contestador te trae más dudas que buenas noticias. Tu estilo no es el de tomar decisiones rápidas pero en el fondo, sabés que te haría bien despegar de la abulia de este enero en Buenos Aires.

La inseguridad te está comiendo las neuronas.

¿Irte un fin de semana con una amiga para acompañarla a conocer el hombre de su vida?... ¿Y vos?

¿Con lo que te cuesta levantarte a alguien, vas a estar justo con ella que es tan avasalladora?

Te probás la malla (que es de hace un par de años) y te ves HORRIBLE. Te sentís gorda, blanca...

Hacés cuentas y si te vas no pagás las expensas.

Faltan tres horas para las diez de la noche...

¿A quién le vas a dejar el gato?

¡¡BASTA!!

El aislamiento fabrica monstruos y de eso ya estás aburrida.

Tirá al gato por la ventana y decidite.

La seducción empieza por uno mismo; para gustar a los demás, tenés que empezar por gustarte a vos; es un juego extraño que embellece y que no depende de tu físico o de tu cara sino de saber ocultar los trucos y exhibir sólo "la magia".

Tener una amiga que va al frente, es lo mejor que te puede pasar. Imaginate dos como vos, jugando a la escoba de quince después de ver una película de Sandrini el domingo a la tarde... ¡¡¡SOCORRO!!!

En este viaje podés disfrutar como nunca; ofrecé tus atributos espirituales y físicos. CEREBRO Y TAJO (o viceversa).

Olvidate de todo, menos del preservativo, porque dos días en la vida nunca vienen nada mal y no todas terminan como Thelma & Louise.

Verano/12

Por Bruce Jay Friedman

Agobiado por las deudas, abandonado por su esposa y su hijo, Stefano se amparaba en su vieja casa de campo que, para él, era como una boya de salvación en un mar de desesperanza. Tenía que conservar la casa, tenía que regresar todos los días a ella. Si, esto era lo que debía hacer, hasta que llegara el momento en que su esposa recobrara la sensatez y volviera a su lado. Sin embargo, Stefano temía la próxima llegada de la primavera, ya que esta estación significaba tener que contratar a un equipo de jardineros que le cobraría una cantidad desorbitada para dejar el jardín en estado decente. Los jardineros que le cobraron un precio más bajo fueron los hermanos Angeluzzi, quienes le pasaron una asesina factura de doscientos cincuenta dólares por limpiar y adecentar el jardín, más otra de noventa dólares al mes por mantenerlo en buen estado, durante los meses comprendidos entre abril y octubre, ambos incluidos, más otra factura de cien dólares por quitar las hojas muertas en otoño. Si bien era cierto que los cuatro hermanos Angeluzzi actuaron con diligencia y meticulosidad en el mes de abril, también lo es que, más tarde, comenzaron a holgazanear, y que, en los meses siguientes, se limitaron a rapar someramente el césped y a dar un par de barridos a los parterres. En la presente primavera, Stefano, incapaz de trabajar, con su vida hecha cisco, demoró todo lo posible la contratación de los jardineros. El césped creció hasta casi llegarle a la barbilla. Y así marcharon las cosas hasta el momento en que recibió la visita del vecino de la casa contigua, llamado Swansdowne, que había ganado un concurso de jardinería y fue a verlo para tratar de un asunto ajeno a los problemas que plantean los jardines, pero en cuya voz hubo, durante la entrevista, claros ecos de fertilizantes y máquinas de cortar césped. Stefano llamó por teléfono a los hermanos Angeluzzi. Sin embargo, un súbito impulso lo indujo a colgar el aparato, antes de que contestaran. Cogió el periódico, y recorrió con el dedo los anuncios de la sección Servicios Domésticos. Unos jardineros llamados Pruebe Nuestros Servicios atrajeron su atención. Marcó el número, y pidió a la profunda voz que le contestó al otro extremo del hilo que hiciera el favor de visitarla a fin de darle precios. En la noche del día siguiente, los jardineros en cuestión lo llamaron por teléfono. La voz lenta, resonante y recia, le dijo:

—Ya he visto su jardín.

—¿Cuánto cobrará por limpiarlo? —le preguntó Stefano—. Hay que empezar con una buena limpieza, ¿sabe?

Hubo una larga pausa. Después un chasquido producido con los labios. Y, por fin, la voz dijo:

—Trenta dólares.

—Oiga, ¿dónde está el jardín que ha inspeccionado usted? Yo vivo en el cuarenta y dos de Spring. Es una casa grande y vieja que hace esquina con la calle Rooter.

—Sí, sí, exactamente. Los fertilizantes serán ocho dólares más. O sea que el total subirá a *trentocho*.

Confuso, agitado por contradictorios sentimientos de culpabilidad y alivio, Stefano dijo:

—Bueno, hay mucho trabajo que hacer aquí... De acuerdo, ¿cuándo pueden ustedes venir?

—Mañana por la mañana. A las ocho.

—Adelante, pues.

El día siguiente, domingo, Stefano los vio llegar. Eran cuatro fornidos negros que comparecieron en dos camionetas y dos turismos. Trabajaron bajo el sol ardiente, vestidos con camisas a cuadros y gruesos pantalones, y tocados con gorillas que llevaban colocadas en casi imposible equilibrio sobre el cogote. Stefano, que era redactor de manuales so-

bre temas de carácter técnico, volvió a su trabajo, y de vez en cuando contempló, a través de la ventana, a los negros absortos en su tarea. Stefano se preguntó cómo diablos podía aquella gente cobrar un precio tan irrisorio como el de treinta y ocho dólares. Esta suma, dividida entre cuatro, no representaba ni tan siquiera el mínimo aceptable. Sólo el precio de la gasolina para alimentar la flota de cuatro vehículos absorbía los nueve dólares con cincuenta centavos que tocaban por barba. Stefano pensó que les daría cuarenta y cinco dólares, para aliviar un poco sus remordimientos de conciencia, pero, a pesar de este aumento, la suma no alcanzaba para que aquella gente comprara alimentos y pagara el alquiler de sus casas. A última hora de la tarde, Stefano salió al jardín, y ofreció una cerveza a los jardineros. Se dirigió a Cotten —el más corpulento de los cuatro, el jefe, hombre de rostro inexpresivo, adornado con unas limpias gafas de montura de acero—:

—¿Qué? ¿Muchas hojas muertas, verdad?

—Nos llevará dos días y medio.

—Nada, hombre, no se preocupe. Les pagaré cuarenta y cinco dólares.

En realidad, trabajaron tres días. Dos de ellos dedicados a limpiar, y el tercero a cortar el césped y a abonar los parterres. El último día, Stefano lo pasó muy mal. A través de la ventana, vio cómo los gigantes negros cortaban el césped, cómo se arrojaban en el suelo, vestidos con sus ropas de invierno, y recogían amorosamente los más ínfimos fragmentos de hierba, para dejar el terreno relimpio. De buena gana hubiera salido al jardín para rogar a los jardineros que no trabajaran tanto, o, por lo menos, que no cobraran precios tan irrisorios. Sin embargo, la baratura del precio le gustaba mucho a Stefano. Podía pagar la cuenta con el dinero destinado a gastos menudos, sin necesidad de quitarlo de sus emolumentos de redactor. Al término de la jornada, Stefano salió al jardín, se dirigió hacia Cotten, se sacó la cartera del bolsillo y le dijo:

—Les pagaré en metálico, y así no tendrán que molestarse en cobrar el cheque.

Stefano había pensado que quizá los cuatro negros no se dedicaban a la faena de conservación de jardines, y que aceptaban únicamente tareas de limpieza, de manera que si limpiaban muchos jardines, miles de jardines, a lo mejor conseguían los beneficios suficientes para poder mantenerse vivos.

—¿Hacen también faenas de conservación? —preguntó al jefe de los jardineros.

El hombre se rascó una oreja, sacudió negativamente la cabeza, y, por fin, dijo:

—En este jardín no podemos hacerlo por menos de dieciocho dólares al mes.

Un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo de Stefano:

—Realmente, trabajan ustedes muy bien, pero que muy bien. Son los mejores jardineros que he visto en mi vida. Creo que podrían cobrar un poco más. Bueno, por el trabajo de conservación estoy dispuesto a pagarles veintidós dólares al mes.

A partir de aquel día, los negros acudieron dos veces por semana a casa de Stefano, convirtiendo su jardín en un primor. Arrancaron los arbolitos muertos y los sustituyeron por otros, curaron las enfermedades de las diversas plantas y mantuvieron la tierra oscura y grasa. Swansdowne, que por lo general dejaba que Stefano probara nuevos jardineros, a fin de contratarlos él, caso de que fueran buenos, contemplaba con envidia el jardín de su vecino. Sin embargo, un buen día lo visitó y le dijo:

—Yo jamás permitiría que un hombre de color tocara mi jardín.

—Pues estos muchachos negros cuidan el mío de maravilla —contestó Stefano.

Después, pensó: "Quizás esto lo explique todo". Si, los tipos como Swansdowne no querían jardineros negros. Y ésta era la razón por la que aquellos negros cobraban precios tan bajos. Claro, si no lo hicieran así morirían de hambre. Stefano se sintió con-

tento y satisfecho al pensar que era hombre de mentalidad amplia y abierta, y, por otra parte, ¿por qué rechazar la oportunidad de ahorrar algún dinerillo?

Al término del mes de mayo, Stefano entregó a los cuatro negros veintidós dólares, y les obsequió con sendos bocadillos de queso. Los tres ayudantes de Cotten se fueron con los bocadillos al camión, donde guardaban un bote de salsa mayonesa. Stefano preguntó a Cotten, que en aquellos instantes descansaba apoyado en una pala:

—¿Hacen ustedes otros trabajos? ¿Cómo pintar? ¿Pintar paredes?

El jardinero fijó la vista en la casita de estilo colonial, y contestó:

—Pues sí. También.

—¿Cuánto cobrarían por pintar esta casa?

El precio más bajo ofrecido por pintar el amplio edificio con diez dormitorios había sido de setecientos dólares. El gigantesco negro, con inexpresiva mirada tras los cristales de las gafas de montura de acero, repuso:

—Cincuenta y ocho dólares.

—Estoy dispuesto a pagar la mitad de la pintura.

El día siguiente, cuando Stefano despertó, los cuatro negros, subidos a altas escaleras de madera, habían pintado ya media casa. A la luz del sol, la pintura de color castaño brillaba, ofreciendo a la vista ricas y profundas tonalidades. Las ropas de jardinero de los cuatro negros estaban sucias de pintura. Stefano pensó que les pediría que incluyeran en la cuenta el precio de la lavandería. Si, era lo equitativo. Dirigiéndose a Cotten, cuyo pesado cuerpo encaramado parecía balancearse al viento, Stefano dijo:

—¡Formidable trabajo!

—Empezará a quedar bien cuando demos la cuarta capa de pintura.

A mediados de junio, los cuatro negros habían limpiado las buhardillas de la casa por el precio de tres dólares, habían eliminado las humedades y filtraciones de agua en el sótano por el precio de dieciséis dólares, y por doce dólares con cincuenta habían instalado un complejo sistema de tuberías de desagüe. Un buen día, Stefano llegó a casa y encontró los suelos limpios, encerados y protegidos con serrín, los armarios metálicos relucientes, y los armarios roperos deslumbrantemente limpios. Por vez primera se irritó, ya que él no había pedido a los cuatro negros que realizaran aquella tarea, pero, cuando vio la factura, se le pasó el enfado. En la hojita de papel puesta en la cesta del pan, leyó: "Nos debe 2,80". Entusiasmado con aquellos precios, Stefano les dio propinas y más propinas, les obsequió con grandes cantidades de bocadillos, les regaló chaquetas usadas, les dio las persianas enrolladas que habían descubierto en la buhardilla, y les hizo donación de unos ejemplares de una obra, relativamente reciente, sobre el turismo en Nueva Escocia. Jamás, ni siquiera en los mejores tiempos de su matrimonio, había estado la casa tan imaculada. Los automovilistas reducían la velocidad de sus vehículos para admirar aquella casa tan espectacularmente pintada. Los arbutos del jardín rebosaban fertilidad. Y las estancias, todas, mareaban de puro limpias. Al pensar en aquellos precios tan ridículamente baratos que pagaba por la conservación de su hogar, Stefano creyó que la racha de mala suerte se había terminado al fin. Sin embargo, no por ello dejaba de sentirse envuelto en un manto de soledad, y la angustia le atenazaba la garganta. Echaba en falta a su esposa, aunque, a veces, la echaba en falta odiándola. Si, le hubiera gustado tener a su lado a aquella mujer joven y bonita que ahora viajaba alrededor del mundo, en compañía de un ayudante de dirección de TV dedicado a dirigir programas diurnos. Stefano imaginaba a su esposa loca de lujuria, en habitaciones de hoteles y paradores, en el asiento trasero de automóviles deportivos de fabricación extranjera. También echaba de menos a su hijo, muchacho de diez años que necesitaba protección. Sólo Dios sabía

LOS NE

Bruce Jay Friedman está lejos de Friedman —más preocupado por varias novelas formidables —e guiones para películas que desafían que postula una nueva escuela

Bruce Jay Friedman esta lejos de ser el típico escritor judío modelo Malamud o estiró Roth. Bruce Jay Friedman —más preocupado por el final inesperado que por la observación psicológica— es el autor de varias novelas formidables —entre las que se cuentan “Stern” y “Besos de madre”—, de varios guiones para películas que desafían toda lógica —“Splash!”, por ejemplo—, y de este cuento perfecto que postula una nueva escuela psicoanalítica donde Freud se da la mano con Mecánica Popular.

El gobierno por las deudas, abandonó por su esposa y su hijo, Stefano no se amparaba en su vieja casa del campo que, para él, era como una tumba. Era una boya de salvación en un mar de desesperanza. Tenía que conservar la casa, su tierra, su familia. Y él sabía que, si, esto era lo que debía hacer, hasta que llegara el momento en que su esposa recobrarla la sensatez y volviera a su vida. Sin embargo, Stefano tenía la próxima llegada de la primavera, ya que esta estación significaba que él tenía que ir a trabajar a los jardines que le cobraría una cantidad desorbitada para dejar el jardín en estado decente. Los jardineros que le cobraron un precio muy bajo fueron los hermanos Angeluzzi, quienes le pasaron una asesina factura de doscientos dólares para limpiar y adecentar el jardín, más otra de noventa dólares al mes por mantenerlo en buena estado, durante los meses comprendidos entre octubre y octubre, ambos incluidos, más otra factura de cien dólares por quitar las hojas muertas en otros dos meses. Los hermanos Angeluzzi actuaron con diligencia y lealtad en el mes de abril, también lo es que, más tarde, comenzaron a holgazanar, y que, en los meses siguientes, se limitaron a rapar solamente los céspedes, lo que provocó que Stefano se enfurtes. En la primera primavera, Stefano, incapaz de trabajar, con su vida hecha crisis, demostró todo lo posible la contratación de los jardineros. El césped creció hasta casi llegarle a la mollera. Y así marcharon las cosas hasta el momento en que reaccionó Stefano al ver que la casa estaba, llamada Swansdowne, que había ganado un concurso de jardinería y fue a verlo para tratar de un asunto ajeno a los problemas que plantean los jardines, pero en cuya voz hubo, durante la entrevista, claros ecos de fertilizantes. Stefano llamó a los hermanos Angeluzzi por teléfono a los hermanos Angeluzzi. Sin embargo, un súbito impulso lo indujo a colgar el aparato, antes de que contestaran. Cogió el periódico, y recorrió con el dedo los anuncios de la sección Servicios Domésticos. Uno llamó su atención. Los Servicios atrajeron su atención. Marcó el número, y pidió a la profunda voz que le contestó al otro extremo del hilo que hiciera el favor de visitarla a fin de darle precios. En la noche del día siguiente, los jardineros en sus coches de golf por teléfono. La voz lenta, resonante y rica, le dijo:

—Ya he visto su jardín.

—¿Cuánto cobrará por limpiarlo?— le preguntó Stefano—. Hay que empezar con una buena limpieza, ¿sabe?

—Una hora, llamaré a usted mañana. Un chasquido producido con los labios. Y, por fin, la voz dijo:

—Oreinta dólares.

—¿Eh, ¿dónde está el jardín que ha inspeccionado usted? Yo vivo en el cuarenta y dos de los gorriillos que llevan colgados de hace sesenta con la casa al Rooter.

—Sí, sí, exactamente. Los fertilizantes serán ocho dólares más. O sea que el total subirá a treintado.

Confuso, agitado por contradictorios sentimientos de culpabilidad y alivio, Stefano dijo:

—Bueno, hay mucho trabajo que hacer aquí... De acuerdo, ¿cuándo pueden venir?

—Mañana por la mañana. A las ocho.

—Adiós.

El día siguiente, domingo, Stefano los vio llegar. Eran cuatro hombres negros que campearon en dos camionetas y dos turismos. Trabajaron bajo el sol ardiente, vestidos con camisas a cuadros y gruesos pantalones, y con los gorriillos que llevaban colocados en caso imprevisto equivocado sobre la cabeza. Stefano, que era redactor de manuales so-

bre temas de carácter técnico, volvió a su trabajo, y de vez en cuando contempló, a través de la ventana, a los negros absortos en su tarea. Stefano se preguntó cómo diablos podía aquella gente cobrar un precio tan irrisorio por el trabajo que hacían en las plantaciones. Era, a la par, dividida entre cuatro, no representaba ni tan siquiera el mínimo aporte. Sólo el precio de la gasolina para alimentar la flota de camión vehículos absorbía los nueve dólares con que pagaban a los negros por el día. Stefano pensó que si les daría cuatro y cinco dólares, para aliviar un poco sus remordimientos de conciencia, pero, a pesar de este aumento, la suma no alcanzaba para que aquella gente comprara alimentos. Los negros no tenían dinero para comprar nada. A las once horas de la tarde, Stefano salió al jardín, y ofreció una cerveza a los jardineros. Se dio cuenta a Cotten —el más corpulento de los cuatro, el jefe, hombre de rostro inexpressivo, adornado con unas limpias gafas de montura amarilla—: «¿Muchas hojas muertas, verdad?»

—No llevará dos días y medio.

—Nada, hombre, no se preocupe. Les pagaré cuatro y cinco dólares.

Stefano se dio cuenta de que los dos de ellos dedicados a limpiar, y el tercero a cortar el césped y a abonar los parterres. El último día, Stefano lo pasó muy mal. A través de la ventana, vio cómo los gigantescos negros cortaban el césped, cómo se arrojaban los trozos de césped al suelo. En invierno, fragor amorosamente los más infimos recogían de hierba, para dejar el césped relimpio... De buena gana hubiera sacado al jardín para rogar a los jardineros que no trabajaran tanto, o, por lo menos, que trabajaran más despacio. Pero, por otro lado, bargo, la baratura del precio le gustaba muy mucho a Stefano. Podía pagar la cuenta con el dinero destinado a gastos menudos, sin necesidad de quitarle de sus emolumentos de jefe de taller.

Al término de la jornada, Stefano salió al jardín, y se sentó en la silla que tenía —la cartera del bolsillo y le se, se sacó—.

—Les pagaré en metálico, y así no tendrán que molestarse en cobrar el cheque.

Stefano había pensado que quizá los cuatro negros se darían cuenta de la conservación de jardines, y que aceptarían únicamente tareas de limpieza, de manera que si limpiaban muchos jardines, miles de jardines, a lo mejor conseguirían los beneficios suficientes para poder mantenerse vivos.

—¿Pueden irse a casa, ahora mismo? —preguntó al jefe de los jardineros.

El hombre se rasó una oreja, sacudió negativamente la cabeza, y, por fin, dijo:

—En este jardín no podemos hacelo por menos de dieciocho dólares al mes.

Stefano se dio cuenta de que el placer recien el cuerpo de Stefano:

—Realmente, trabajan ustedes muy bien, pero que muy bien. Son los mejores jardineros que he visto en mi vida. Crezo que podrían trabajar en cualquier otra parte. Pero, por el trabajo de conservación que he dispuesto a pagarles veintidós dólares al mes.

A partir de aquel día, los negros acudieron dos veces por semana a casa de Stefano, convirtiéndose su jardín en su primer taller. Los negros no tenían que hacer nada, tuvieron por otros, curaron las enfermedades de las diversas plantas y mantuvieron la tierra oscura y grasa. Swandowne, que por lo general dejaba que Stefano probara nuevas variedades de plantas, se dio cuenta de que fueran otros, a fin de contratarlos él, caso de que fueran otros.

Un día el jefe de los negros, un hombre de buen día el jardín de su vecino. Sin embargo, un buen día lo visitó y le dijo:

—Yo jamás permitiría que un hombre de color tocara mi jardín.

Stefano se dio cuenta de que aquellos negros eran el mismo de maravilla —contestó Stefano.

Después, pensó: «¿Quizás esto lo explique todo?» Si, los tipos como Swandowne no querían jardineros negros. Y esta era la razón por la que aquellos negros cobraban precios tan bajos.

Los jardineros negros se habían convertido en mano de hombre. Stefano sintió con

entorno y satisfecho al pensar que era hombre de mentalidad amplia y abierta, y por otra parte, por qué rechazar la oportunidad de ahorar algún dinerillo?

A finales del mes de mayo, Stefano entró en el taller de los cuatro veintidós dólares, y los obsequió con sendos bocadillos de queso. Los tres amantes de Cotten se fueron con los bocadillos al camión, donde guardaron un bote de salsa mayonesa. Stefano preguntó a Cotten si quería que él le hiciera unas tartas sencillas apoyado en una pala:

—¿Hacen ustedes otros trabajos? ¿Cómo pintar? ¿Pintar paredes?

El jardinero fijó la vista en la casita de esteques de juncos, y contestó:

—¿También pintar?

—¿Cuánto cobrarían por pintar esta casa?

El precio más bajo ofrecido por pintar el amplio edificio con diez dormitorios había sido de setecientos dólares. El gigantesco negro, que estaba acostumbrado a las ofertas que le hacían las gafas de montura de acero, repuso:

—Cincuenta u ocho dólares.

—Estoy dispuesto a pagar la mitad de la pintura.

El día siguiente, cuando Stefano despertó de su sueño, sobresaltado al oír las escaleras de madera, habían pasado ya media casa. A la luz del sol, la pintura de color castaño brillaba, ofreciendo a la vista ricas y profundas tonalidades. Las ropas de jardinero de los cuatro negros estaban sucias de tierra roja. Los tres hombres se apresuraban a salir en la cuenta de la pintura de la lavandería. Si, era lo equitativo. Dirigiéndose a Cotten, cuyo pesado cuerpo encamorado parecía balancearse al viento, Stefano dijo:

—Empezaré a quedar bien cuando demos la cuarta capa de pintura.

A mediados de junio, los cuatro negros habían limpiado las buhardillas de la casa por el precio de tres dólares, habían eliminado los techos de zinc oxidado, y los pesados cristales por el precio de dieciséis dólares. Por doce dólares con cincuenta habían instalado un complejo sistema de tuberías de desagüe. Un buen día, Stefano llegó a casa y encontró los suelos limpios, encerados y relucientes, y los armarios rocosos deslumbrantemente limpios. Por vez primera se irritó, ya que él no había pedido a los cuatro negros que realizaran aquella tarea, pero, como él mismo decía, ellos le pasó el día entero. En la hoja de "Nope paid" que le pasó el dueño del plan, leyó: "Nos debe 2.80". Entusiasmado con aquellos precios, Stefano les dio propinas a más propinas, los obsequió con grandes cantidades de bocadillos, les regaló chicles y caramelos. Los cuatro negros, que la gente decía que habían descubierto en la buhardilla, y la hizo donación de unos ejemplares de una obra, relativamente reciente, sobre el turismo en Nueva Escocia. Jamás, ni siquiera en los mejores tiempos de su matrimonio, habían conseguido tanto dinero. Los automovilistas redujeron la velocidad de sus vehículos para admirar aquella casa tan espectacularmente pintada. Y los arbustos del jardín rebosaban fertilidad. Los asientos de cuero negro eran nuevos. Stefano pensó en aquellos precios tan ridículamente baratos que pagaba por la conservación de su hogar, Stefano creyó que la racha de mala suerte se había terminado al fin. Sin embargo, no por ello debía de sentirse en deuda alguna con los cuatro negros. La antigüedad le atenazaba la garganta. Echaba en falta a su esposa, aunque, a veces, la echaba en falta odiándola. Si, le hubiera gustado tener a su lado a aquella mujer joven y bonita que él conocía desde su primer mundo, en compañía de un ayudante de dirección de T.V. dedicado a dirigir programas diurnos. Stefano imaginaba a su esposa local de lujuria, en habitaciones de hoteles y paradores, en el asiento trasero de automóviles deportivos de lujo. Él tenía un hijo, un niño de no menos a su hijo, muchacho de diez años que necesitaba protección. Sólo Dios sabía

las nefastas experiencias que el niño estaba viviendo. Madre e hijo lo abandonaron súbitamente, dejando tras sí un cúmulo de recuerdos, juguetes ordenadamente dispuestos en estanterías, cajones repletos de ropas femeninas... Repentinamente evoleó, perdiéndose en la oscuridad, el pequeño Stefan, casó en su intento de ligar con muchachas, y se quedaba dubitativo y mudo ante el teléfono, cuando llamaba a alguna. ¿Qué podía hacer? Sí, cierto era que, a aquellos perros, podía mantener la casa immaculada... Pero, ¿servirían para eso los perros a todos sus problemas? ¿Acaso conseguiría con ellos que su insatisfecha esposa y su hijo regresaran al hogar? Una noche, al volver a casa con el corazón rebosante de tristeza, tras asistir a un baile para mayores, encontró a los cuatro corruptos negros terminando un nuevo baile. De ahí, Stefan se fue durmiendo toda la noche, habían montado un complejo sistema de iluminación, con lámparas de petróleo, que hacía resaltar en toda su belleza las rosas de té y los frutales enanos del jardín. Precio total del sistema de luz: cincuenta dólares. Stefan pasó la vista por el jardín, mientras, a ciegas, contaba unos billetes: —Realmente magnífico. Se dirigió al jardinero jefe: —Ahí va. Esta vez también le doy más de la mitad. En mis presentes circunstancias, el dinero más impía que pida. El gigantesco negro se secó el sudor de la frente, y comenzó a recoger los trebejos. —Oiga, entre y tómese una cerveza conmigo —propuso Stefano—. Tengo que hablar con alguien, o reventaré. —Es de mi propio nervioso trabajo que hacer... —contestó Cotto. —Vamos, vamos, ¿qué diablos tienen que hacer a estas horas? Más valdría que descansara un poco, hombre. El negro sacudió dubitativamente la cabeza, y, acto seguido, empujó, a pasos lentos, la puerta que él mismo había ca la casa, mientras el palmoateaba la espalda, en demostración de sus sentimientos de simpatía. Una vez dentro, Stefano fue a buscar cervezas. El jardinero se sentó en el diván de la sala, y se quedó pensando en la vida que se hundió pesadamente. Por un instante, Stefano se sintió un tanto inquieto ante las consecuencias del contacto de las ropas de jardinería —ropas negras en todos los sentidos— con el muelle de la sala, pero inmediatamente pensó que el problema no era de importancia, que, además, en aquella casa no había nadie a quien dichas consecuencias pudieran importar. Stefano se reclinó en el moderno banco con respaldo de estilo dantes, y dijo: —Estoy pasando una temporada muy mala. Me siento mal al pensar en la vida, la presión de que no sé ser capaz de sobrevivir una sola noche más. Mi mujer me abandonó, hace algún tiempo. Supongo que ya lo habrá adivinado usted... El negro cruzó sus gruesas piernas, bebió un vaso de borbox de cerveza y, mientras lo hacía, en los cristales de su mesa había un brillo que impedía a Stefano ver la expresión de las pupilas del negro. —Mi mujer se llevó consigo al chico —siguió—, y esto quizá sea lo peor de la historia. Usted no puede imaginarse lo que es tener a alguien así en la casa, pensando en la vida en casa durante diez años, y luego no oír ni un malidito ruido... —Y, esperando, Stefano preguntó—: A lo mejor sí que puede imaginarse el mío. Probablemente también usted ha tenido sus problemas... El negro se inclinó sobre el respaldo y se metió un pañuelo por debajo de la camisa, para secarse el sudor del pecho. —De todos modos —prosiguió Stefano—, lo cierto es que no sé qué diablos hacer. ¿Esperar, sin mover ni un dedo? ¿Convencerlo de que se vaya? ¿Oírlo, jamás? ¿De veras, no sé qué hacer. Y si decido abandonar la casa, ¿a dónde puedo ir?

El invitado de Stefano estaba ahora ocupado en secarse el cogote.

—¿Cuánto hace que se fue? —preguntó.

—¿Qué importa eso? Unos cuatro meses, me parece. Poco antes de que ustedes comenzaran a trabajar aquí. [Ahora comprendo que ustedes se fueron cuando él se fue.] Si mi mujer no ha regresado en cuatro meses, esto significa que ya no regresará, que quizás ha comenzado una nueva vida. Si, sí, es posible que lleve usted razón...

El negro se guardó el pañuelo, volvió a secarse la frente y volvió a mirar a Stefano y de unas ramas, con las palmas de las manos apoyadas sobre una rodilla.

—Ocurrió sin previo aviso —dijo Stefano—, sin que siquiera pudiera imaginarlo. En fin, de nada sirve preocuparse. De todos modos, los negros con mi mujer siempre fueron los más catrificados.

Explicó al negro el periodo de su noviazgo, le habló del falso matrimonio de su mujer y del "forzoso" matrimonio con ella. Entonces, comenzó a saber verdaderamente cómo era su mujer. Entonces, comenzaron las peleas. Él se molestó, empezó a hacerla caer sus celos de mil distintas maneras, y él tuvo que ayudar con su dinero a la parentela política. Stefano se confesó con el negro que usaba las palabras sabrosas de su cuerpo igual que el aire de un neumático, y había con él una especie de amor, pero él quería una cuenta de que había hablado, pero él quería durante veinte minutos o quizá media hora. El negro lo escuchó pacientemente, sin tocar la carne, la carne. Por fin, cuando Stefano se calló, inclinándose en el asiento para recoger el resuello, el jardinero le formuló la pregunta.

—¿Se tiene usted en buen concepto?

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Pues claro que sí! ¡Vaya! Ahora comprendo por qué me lo ha preguntado... Si me tuviera a mí mismo en buen concepto, no permitiría que esa mujer se me atormentara así. Pero yo estoy en un buen concepto, pero yo mismo, y me esforzaba en reprimir mi vida sobre unas bases sólidas. Es curioso que haya usado ahora el clavo con tanta exactitud. Es sorprendente, de bueno. Bueno, ¿usted sabe? [también recurrió a las psiquiatras, pero no me acordaba de ellas.] Yo me acordaba de ellas, tras eran buenos de veras, unos eran amables, otros duros; en fin, he acudido a todo género de psiquiatras. Pero usted ha sido la única persona que me ha dejado experimentar a mí mismo y que, luego, me ha hecho la pregunta adecuada. ¿Y usted, ¿cómo se siente? ¿Cree que yo voy a caer, pero yo sé que yo creo que me gustaría hablar con usted tal como lo hemos hecho ahora, un par de veces a la semana. Yo hablaría libremente, me desfogaría, y entonces, usted haría el comentario oportuno, igual que ahora. Es sólo lo que yo necesito. ¿Usted estaría dispuesto a cómo me cobraría por esto. Sería cosa de una hora, más o menos.

—Cuatrocientos —repuso el negro.

—¿Cuatrocientos dólares! Vamos, hombre, no me haga reír. ¿Esta usted loco? ¿Le da a usted el dinero cuando se le romba el coche o el negro toma un vaso de cerveza, ¿no? ¿Puso en pie, dispuesto a irse. Stefano dijo:

—Alto, espere un instante. Espere, espere... Terminemos esta hora. Y luego veremos si continuamos las sesiones o no. ¿Esta no tengo que pagarla, verdad?

—Claro que sí.

Y, acto seguido, se hundió en el diván, y extrajo papel y lápiz de un bolsillo.

—Francamente, para esta hora no me parece justo —objetó Stefano—. De todos modos, yo le pagaré. Pero yo sé que usted me lo convenza y celebraremos más sesiones. El precio es bastante alto, ¿no cree? ¡Un buen montón de dinero! Bueno, da igual. Volvemos a lo que le decía, esa chica se portó como una zorra desde el día en que la conocí. Esa es la que le he dado cosas de su vida. Esa es la que usted...

En muchos aspectos me recuerda a mi mamá.



ANGELES GROS

ser el típico escritor judío modelo Malamud o estilo Roth. Bruce Jay
final inesperado que por la observación psicológica— es el autor de
entre las que se cuentan “Stern” y “Besos de madre”—, de varios
n toda lógica —“¡Splash!”, por ejemplo—, y de este cuento perfecto
psicoanalítica donde Freud se da la mano con Mecánica Popular.

las nefastas experiencias que el niño estaba viviendo. Madre e hijo lo abandonaron súbitamente, dejando tras sí un cúmulo de recuerdos, juguetes ordenadamente dispuestos en estanterías, cajones repletos de ropas femeninas... Repentinamente envejecido, perdida la confianza en sí mismo, Stefano fracasó en su intento de ligar con muchachas, y se quedaba dubitativo y mudo ante el teléfono, cuando llamaba a alguna. ¿Qué podía hacer? Sí, cierto era que, a aquellos precios, podía mantener la casa immaculadamente limpia. Pero, ¿solucionaba esto todos sus problemas? ¿Acaso conseguiría con ello que su insatisfecha esposa y su hijo regresaran al hogar? Una noche, al volver a casa con el corazón rebosante de tristeza, tras asistir a un baile para mayores, encontró a los cuatro corpulentos negros terminando un nuevo trabajo. Después de haber sudado durante toda la noche, habían montado un complejo sistema de iluminación, con lámparas de petróleo, que hacía resaltar en toda su belleza las rosas de té y los frutales enanos del jardín. Precio total del sistema de luz: cinco dólares con cincuenta centavos.

Stefano pasó la vista por el jardín, mientras, a ciegas, contaba unos billetes:

—Realmente magnífico.

Se dirigió al jardinero jefe:

—Ahí va. Esta vez también le doy más de la cuenta. En mis presentes circunstancias, el dinero me importa un pito.

El gigantesco negro se secó el sudor de la frente, y comenzó a recoger los trebejos.

—Oiga, entre y tómese una cerveza conmigo —propuso Stefano—. Tengo que hablar con alguien, o reventio.

—Es que todavía tenemos trabajo que hacer... —contestó Cotten.

—Vamos, vamos, ¿qué diablos tienen que hacer a estas horas? Más valdrá que descansen un poco, hombre.

El negro sacudió dubitativamente la cabeza, y, acto seguido, emprendió, a pasos lentos y pesados, el camino hacia la casa, mientras Stefano le palmoteaba la espalda, en demostración de sus sentimientos de hermandad.

Una vez dentro, Stefano fue a buscar cervezas. El jardinero se sentó en el diván de la sala de estar, en el que su macizo cuerpo se hundió pesadamente. Por un instante, Stefano se sintió un tanto inquieto ante las consecuencias del contacto de las ropas de jardinería —ropas negras en todos los sentidos— con el mueble de la sala, pero inmediatamente pensó que el problema carecía de importancia y que, además, en aquella casa no había nadie a quien dichas consecuencias pudieran importar.

Stefano se reclinó en el moderno banco con respaldo de estilo danés, y dijo:

—Estoy pasando una temporada muy mala. La peor de mi vida. A veces, tengo la impresión de que no seré capaz de sobrevivir una sola noche más. Mi mujer me abandonó, hace algún tiempo. Supongo que ya lo habrá adivinado usted...

El negro cruzó sus gruesas piernas, bebió un par de sorbos de cerveza, y, mientras lo hacía, en los cristales de sus gafas había un brillo que impedía a Stefano ver la expresión de las pupilas del negro.

—Mi mujer se llevó consigo al chico —siguió—, y esto quizá sea lo peor de la historia. Usted no puede imaginarse lo que es tener a un chaval armando el gran escándalo en casa durante diez años, y luego no oír ni un maldito ruido... —Y, esperando, Stefano preguntó—: A lo mejor si que puede imaginarlo. Probablemente también usted ha tenido sus problemas...

En silencio, el negro se inclinó al frente y se metió un pañuelo por debajo de la camisa, para secarse el sudor del pecho.

—De todos modos —prosiguió Stefano—, lo cierto es que no sé qué diablos hacer. ¿Esperar, sin mover ni un dedo? ¿Convencerme de que mi mujer no volverá jamás? De veras, no sé qué hacer. Y si decido abandonar la casa, ¿a dónde puedo ir?

El invitado de Stefano estaba ahora ocupado en secarse el cogote.

—¿Cuánto hace que se fue? —preguntó.
—¿Qué importa eso? Unos cuatro meses, me parece. Poco antes de que ustedes comenzaran a trabajar aquí. ¡Ahora comprendo por qué me ha preguntado eso! Si mi mujer no ha regresado en cuatro meses, esto significa que ya no regresará, que quizás ha comenzado una nueva vida. Sí, sí, es posible que lleve usted razón...

El negro se guardó el pañuelo, volvió a cruzar las piernas, y entrelazó sus dedos gruesos y de uñas romas, con las palmas de las manos apoyadas sobre una rodilla.

—Ocurrió sin previo aviso —dijo Stefano—, sin que siquiera pudiera imaginarlo. En fin, de nada sirve preocuparse. De todos modos, las relaciones con mi mujer siempre fueron catastróficas.

Explicó al negro el período de su noviazgo, le habló del falso embarazo de su mujer y del “forzoso” matrimonio con ella. Entonces, comenzó a saber verdaderamente cómo era su mujer. Entonces, comenzaron las constantes disputas, y ella empezó a provocar sus celos de mil distintas maneras, y él tuvo que ayudar con su dinero a la parentela política. Stefano se confesó con el negro, dejó que las palabras salieran de su cuerpo igual que el aire de un neumático, y habló con furia y ardor. Así estuvo hasta que se dio cuenta de que había hablado, sin parar, durante veinte minutos o quizá media hora. El negro lo escuchó pacientemente, sin tocar la cerveza. Por fin, cuando Stefano se calló, reclinándose en el asiento para recobrar el resuello, el jardinero le formuló la pregunta:

—¿Se tiene usted en buen concepto?

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Pues claro que sí! ¡Vaya! Ahora comprendo por qué me lo ha preguntado... Si me tuviera a mí mismo en buen concepto, no permitiría que este asunto me atormentara. Claro. Procuraría recuperar el dominio de mí mismo, y me esforzaría en reemprender mi vivir sobre unas bases sólidas. Es curioso que haya usted dado en el clavo con tanta exactitud. Es sorprendente, de veras. Bueno, ¿usted sabe?, también recurrí a los psiquiatras, pero no me sirvieron de nada. Algunos de estos psiquiatras eran buenos de veras, unos eran amables, otros duros; en fin, he acudido a todo género de psiquiatras. Pero usted ha sido la única persona que me ha dejado expandirme a mi gusto y que, luego, me ha hecho la pregunta adecuada. Quizá le parezca una excentricidad lo que le voy a decir, pero lo cierto es que me gustaría hablar con usted, tal como lo hemos hecho ahora, un par de veces a la semana. Yo hablaría libremente, me desfogaré y, entonces, usted haría el comentario oportuno, igual que ahora. Es sólo curiosidad, pero me gustaría saber cuánto me cobraría por esto. Sería cosa de una hora, más o menos...

—Cuatrocientos —repuso el negro.

—¡Cuatrocientos dólares! Vamos, hombre, no me haga reír. ¿Está usted loco? ¿Es que no se ha dado cuenta de que bromeaba?

El negro tomó un sorbo de cerveza, y se puso en pie, dispuesto a irse. Stefano dijo: —Alto, espere un instante. Espere, espere... Terminemos esta hora. Y luego veremos si continuamos las sesiones o no. ¿Esto no tengo que pagarlo, verdad?

El negro contestó:

—Claro que sí.

Y, acto seguido, se hundió en el diván, y extrajo papel y lápiz de un bolsillo.

—Francamente, pagar esta hora no me parece justo —objetó Stefano—. De todos modos, más valdrá que prosigamos. Quizá me convenza y celebremos más sesiones. El precio es bastante alto, ¿no cree? ¡Un buen montón de dinero! Bueno, da igual. Volviendo a lo que le decía, esa chica se portó como una zorra desde el día en que la conocí. Esta noche me he dado cuenta de ello, gracias a usted. En muchos aspectos me recuerda a mi mamá...

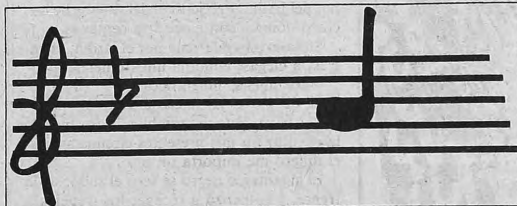
Juegos

CUESTION DE LOGICA

► Con los siguientes datos podrá conocer los nombres, edades, profesiones y lugares donde pasaron las vacaciones 3 personas.

- 1.-El que veraneó en Valencia y el carpintero aprovecharon para hacer chapuzas en su apartamento.
- 2.-En La Coruña hizo muy buen tiempo y en Málaga no dejó de llover.
- 3.-Gerardo descartó el Norte para sus vacaciones por la inestabilidad del clima y al más joven le pasó lo mismo.
- 4.-Tanto el albañil como el que fue a Málaga ahorraron todo el año para estas vacaciones.
- 5.-Los de 40 y 32 años se querían ir juntos, pero, finalmente, uno fue a La Coruña y otro a Málaga.
- 6.-El carpintero y el albañil trabajan en talleres contiguos.
- 7.-Pedro felicitó a Gerardo, pues durante las vacaciones cumplió los 40.
- 8.-Luis y el herrero echan juntos la partida de vez en cuando.
- 9.-El más joven de los tres, de 26 años, dice que Pedro es todo un artista.
- 10.-Los apartamentos donde se hospeda Luis hacen un descuento a los que, como él, tienen menos de treinta años.

Pentagrama paranoico



► Venga, confiesa; entre nosotros, ¿a quién le has metido mano?

Solución

Herrero: Gerardo, 40, Málaga.
Carpintero: Pedro, 32, La Coruña.
Albañil: Luis, 26, Valencia.

CUESTION DE LOGICA:

A "la negra".

PENTAGRAMA PARANOICO:

CUIDE LA PLAYA.

LA BASURA EN SU LUGAR.

